

FIGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Marzo 14.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 51.

EL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE

Escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO XXII.

Como la vela cuando va á apagarse dá un suspiro.

No pareció bien á Don Quijote permanecer bajo techado en las tempranas horas del día; antes bien, saliendo de la casilla del monte (en que á descansar habia entrado) por la puerta contraria á la principal, subióse á la ladera huerto y que estenso vallado de espino y cambronería demarcaba y asentose al lejos al pié de un roble esperando que Sancho terminase su ocupacion de cuidar del rucio y Rocinante.

Entretanto en el alto piso de la casilla la mujer enferma yacia en un pobre lecho, agarraba á Jazminito entre sus secos brazos y decia:

—Tu estás ya buenico; eso sí, para volver á tu trabajo. En este mundo quien no se descoyunta jamás come; y tambien yo estoy curada, no hay mas sino que ésta tos me ahoga, y á no ser por ella fuéramos ya andando por esos campos.

Y la mujer hermosa que habia estado observando las espumas de la cascada desde el puentecillo del torrente allí aparecia sentada en el suelo en un rincon del aposento; la bella dama de las sedas que se deslizaba sobre los céspedes. Y lloraba oculta-mente; y la enferma iba diciendo:

Las casas son unas cárceles que no se pueden llevar en paciencia, porque aquí no se respira. Yo me ahogo, Jazminito; dame agua. ¡Y que el chico es hermoso como una joya; con esos cabellos rubios y esos ojos azules, pedazos de cielo! Nosotros no hemos tenido casa nunca. Hemos nacido en el campo como yerba. Tu eres hijo de una planta de tu mismo nombre como toda tu familia. Tu te llamas Jazmin y yo Lila. Tu vives en primavera y yo en invierno. Cuando me muera

me enterrarás al pié de un jazmin y así estaré contigo hasta que mueras tú. Lo que llaman las gentes patria no es mas que un cercado de campo; la patria es mentira. Donde nos amanecerá mañana no sabemos; ya sale el sol en monte ó ya en valle y siempre del mismo modo. Y mira como se me levanta el pecho, que parece que le inflan por mi boca.

—¿En dónde está tu hombre del látigo? dijo Jazmin.

—Se murió hace muchos dias, dijo la Lila.

—¿Y los caballos y los osos y los avestruces?

—Se los llevó á todos el diablo por las patas.

—Estaban en una cueva larga, larga, con rejas de hierro como si fuesen lagartos; tenia yo otra cueva para mi, y hacia mucho frio y se pasaba mucha hambre; pero esto no habia decirlo porque costaba un latigazo.

Y la mujer hermosa lloraba entanto torrentes de abrasadas lágrimas.

—La Lila nada respondió á estas palabras; los ojos tenia en blanco; la temblaba horrible todo su cuerpo, los dientes rechinaban.

—La hermosa mujer procuraba dar vida á la desdichada enferma, y Jazmin miraba á la exánime y se reia, diciendo.

—Mira, Señora, que gestos hace la Lila! Esta quiere morir y tu me ayudarás á llevarla al huerto. Dentro de un año volveremos á buscarla.

—¿Y por qué causa? dijo la señora.

—Para sacar los huesos, que se venden; los huesos quitan el frio y el hambre.

—¡Calla! horrorizada dijo la señora.

—¡Tu si que tendrás blancos y finos los huesos! Como los míos. Lo dijo así la Zebra.

—¿Esa es tu madre?

—No tienen los chicos madre, pero la Zebra vale mas que si lo fuese por ganar muchos dineros.

—La señora no podia ya alcanzar mas sufrimiento.

—Y el chico hacía tumbos sobre la cama, y decia:

—Señora, dame pan y doy el salto grande de la hiena.

—La bella dama fuese á buscar un último auxilio para la desvalida enferma en sitio donde ni habia hogar ni servidor alguno para nada ni para nadie. Jazmin echado sobre el lecho decia á la Lila:

—¿Te cierro ya los ojos? ¡Y qué fea estás y cuanto tardas! No pondrias esas tus carotas si fueses la Zebra. Ya tienes los piés frios, mas no la cabeza. ¡Tu pecho, Lila, parece fuelle! No se puede vivir donde hay señores.... ¡y que reloj tan rico! ¡Para la ciudad éste! ¡Será de la Señora!

—Y se arrastraba y retorcia el chico como culebra hasta la mesa. Con este no hay hambre, decia, en todo un año. Pero oyó los pasos de la señora, que ya volvía, y saltó Jazmin á la cama como mono, y de la cama saltó al suelo diciendo.

—Mira, Señora; desde la mitad del cuarto me voy hasta donde está la Lila, si me das algo.

—Y de un brinco repentino cayó sobre la cama. La enferma clavó entonces sus uñas, rígidas ya, sobre el muchacho, como quien le coge para arrojar al suelo un trapo; á lo que contestó el chico:

—Ya escarba, y no falta sinó que vuelva el rostro á la pared; despues deja caer la lágrima y acaba.

—La señora rezaba sus oraciones en medio del mas rudo de los tormentos. La Lila abrió lucientes los párpados, y mirando á la señora, mas sin poder hablar, abrazó al áire con entrambas sus manos, y dejó caer como piedra su cabeza sobre el pecho.

—Jazmin! dijo la señora; ven y dame un beso.

—¿Quieres tu que vaya? pero no iré: la Zebra cuando dice eso es para morder. ¡Adios!

—En un instante registró Jazmin el cadaver y dijo:

—¡No tiene nada! Mira, Señora, quieres comprarme este amuleto?

—La señora quiso precipitarse sobre Jazmin, pero el chico dió su media

vuelta, y cayó al suelo la dama llenándose de sangre todo su rostro.

—¿Lo ves? Es tuya la culpa. No hay que huir cuando te siguen; das tu vuelta y caen de cara sobre los cantos. ¡Qué fea te has puesto!

—La señora diera su vida por un beso de la fiera cuanto hermosa criatura.

—Ven, Jazmin, que yo he de darte cuanto quisieres.

—¿Cuanto me has de dar? ¡Y como lloras, fátua!

—Y he de contarte una historia.

—Bien está, y ya me tienes sentado. La Zebra sabe mas historias, que tu..... pero baja con tu cuento al cercano; y se arrojó por la ventana.

—La señora, sin aliento ya y sin lágrimas, lanzóse al jardín, traspuesta en un punto la escalera, mas no vió en todo él persona humana; sentóse sobre el césped y dejose caer la cabeza entre sus manos. Oyó entonces una súbita carcajada y sintió un golpe en su cabeza, del cual brotó la sangre que inundó su semblante hermoso. Jazmin estaba caballero sobre una rama del árbol inmediato.

—¿Por qué así me haces tanto daño Jazminito? exclamó en dulcísima voz la infinita ternura de la señora.

—¿Jazminito! así dicen cuando van á morder: *jazminito* y *vos* significan latigazos.

—¿Qué te gusta en el mundo todo? preguntó la señora.

—Eso sí; cuéntame tu historia; puedes comenzar.

—Mas ya no me antoja decírtela, ingrato.

—¿Por qué es decir tu eso?

—Porque no me quieres tú, y yo te amo.

—Tu me quieres, ¿eh? Espera que baje de la rama. ¡Y que á lo alto he subido! Mira, señora, pon tu espalda, porque ves que estoy descalzo, y será mejor.

—Eso sí, salta, salta, Jazmin mio.

—Lo hizo el chico brutalmente y entrambos dieron sobre el suelo.

—¿Te hiciste daño? preguntó con acento de angel la señora.

—¡Bah! pero te sale sangre de los dientes.

—Límpialos, amor mio, no repares.

—¿Y con qué? señora.

—Con tu mano; ves las mias como las retiro hácia mi espalda; no temas.

—Entonces la señora besó la sucia mano del chico y volvió á hallar lágrimas aquel corazón aún desecado. ¡Y que efusion la de aquel beso!

—¿Y qué gestos que haces con tu boca!

—También limpiára yo mis manos.

—¿Con qué quieres limpiarlas?

—Con tus rubios cabellos solamente.

—¡Bueno! y despacha;

—La señora ahuecó aquellos cabellos que rizáranse solos á no hallarse en tal descuido.

—¿Y como te lloran tus ojos!

—El sol que me hace tanto daño, dijo la dama. Mas los tuyos así cual estos míos lloran.

—Es una mentira. Yo nunca lloro; ni aunque lo quisiera y procurara.

—Míratelos y los verás llenos de tus lágrimas.

—¿Y cómo podré vérmelos? señora.

—Buscándote el espejo necesario.

—Eso sí; mas ¿lón le hallar espejo?

—Mírate en mis ojos. ¡O! ¡verás como te ves toda tu cara!

—Retira, pues tus manos á la espalda.

—Miró, Jazmin, desde lejos y exclamó:

—Nada veo. Ya lo sabes; me has engañado.

—Acércate y no tiembles: amor de mi alma.

—¡Ay y que carita tan pequeñita!...

—¿Y qué hermoso que tu eres! cielo mio. Y además he de limpiarte tus pestañas porque mejor veas.

—Latía el corazón de la dama que salía de su seno; y con los ardientes labios limpió aquellos azules ojos grandes, vivos, lucientes y rasgados.

—¡Bah! ¡Embustes! gritó el chico. Mas has llevado chasco! Corrió, trepó el vallado y dijo, adiós, á la angustiada dama.

—¿Adonde vas? Jazmin.

—A buscar á la Zebra, que es ya tarde.

—Y fuese la cruel criatura y tras él la señora exclaman lo.

—Jazmin, dime tú tan sola una palabra.

—Acaba, que desde aquí bien puedo responderte.

—¿Jazmin!..... Yo soy tu madre! soy tu madre!

—¡Bah! Los chicos no tienen madre, y si yo la tuviera desde niño la habria conocido. La Lila, y no tú fuera mi madre.

—¿Qué dices desventura lo?

—Me dió de mamar la Lila, pero tu no; tu no puedes ser mi madre. Y de comer me dió la Zebra. Tu nada me has dado. Espera. Toma tu reloj, que no le quiero. Las señoras no dicen la verdad nunca.

—Y desapareció Jazmin tras el vallado; y la dama cayóse al suelo sin sen-

tido. Venía entonces la cigüeña con una culebra en el pico al nido de sus hijuelos que en lo alto de la cuesta aparecía fabricado sobre el empinado y blanco tronco de un árbol seco.

—Sancho no halló en la cuadra persona alguna que le ayudase en el menester del cuidado de sus bestias; mas como hombre experimentado é ingenioso él, se supo encontrar mo lo de procurar lo que le convenia, pues no tan esquilmados son establos que del pasado no hayan sus recuerdos. Y aun por mejor proveer salióse por los alrededores de la casilla, desde los cuales acertó á divisar á cierto rústico que paseaba armado por el campo. Llegose pues Sancho al albañal y así le dijo:

En verdad que su merced es buena persona y precavida, segun se deja observar en traje y porte.

Cual conviene á Guarda de bosque, contestó el rústico, pues dan ya en gitanerías las campiñas; mas la vuestra merced parece viejo manchego.

—¡Voto á tal y si es lince el buen Guarda! dijo Sancho. Y que su merced dió en el item no tiene duda; y aun debe ser verdad que de manchego me notó por este mi traje! Si que no hay traza y señal de agua como la lluvia.

—Paréceme, además, el manchego corriente persona, dijo el Guarda; y que ahí abajo en el robledal hay una tal fuente que sabe ayudar al buen provecho de lo contenido en bien provista alforja.

—Déjeme olvidada la mia en la casilla del monte y en el rucio, dijo Sancho; mas ni quita lo cortés á lo valiente, ni hay poner faltas á asno presentado; pues de lo de la fuente hago gracia á su merced en todo tiempo.

Y con esto llegados y asentados uno y otro aldeano al pié del manantial que sus blancas arenas silencioso bajo las cristalinas linfas en diminutos e incesantes plumeros agitaba comenzaron á averiguar lo que dentro de cierta duerna era contenido y encerrado.

—¡O el hí de gran bellaco! exclamó Sancho, ¡y si no es un conejo montero que vale un trance! ¿Y es costumbre de su merced, señor, desayunarse de esta suerte?

—He de decir á su merced, contestó el Guarda, como hay continuas resultas en el monte ya fueren de cazarías ó gitanadas; y no es bien que caza herida en el ojeo malamente se pudra por esos suelos.

—Si que ello no sirviera ni á Dios

ni al diablo, dijo Sancho; y su merced será ojeador y montero cuando fuere menester, pues que es el Guarda bosque.

—Todo pudiera suceder, dijo el castellano; cuanto mas que, creérme há su merced, hay contra el monte asaltos todos los dias.

—Eso ya pensaba yo, replicó Sancho; sobre que adonde fueres haz como vieres y para algo estamos en el mundo; y si por comido te lo han de dar, á ti toca, tonto, el procurar.

—Encaja, su merced refranes buenamente como tajadas dijo el Guarda.

—No por necesidad, contestó Sancho; pues yantar prevenido me tenia de hoy nada menos que todo verso; pues ahí estan los peces de los rios como los pescados de mares, las aves de los áires como los brutos de la tierra que me decian, uno á uno «comedme.»

—De manera, dijo el del bosque, que si no los acetó su merced fué por no estar aún ellos guisados.

—Adivino dije que era su merced y en ello me afirmo, dijo Sancho, así como en á que la bota deben ya haber traído á su buen punto la frescura y aroma de ese césped.

—Su merced será por ventura trante en el género, dijo el del bosque.

—No trato cual me antoja, dijo Sancho, sinó á veces; pues mi Señor Don Quijote es harto montaráz y selectico por buscar sus aventuras.

—¿Sois entónce, vos Sancho Panza! dijo el del bosque.

—Si que vos habeis al punto acertado quien fué el padre de los hijos del Zebedeo, dijo Sancho; y de menos Dios nos hizo en su misericordia.

—Pues contád como topásteis aventura, Señor Sancho Panza, dijo el del bosque, y os daba yo por muerto hace años; bien que agora es ver cosas maravillosas en estos corrientes tiempos, de los cuales se decir á su merced como han de hacer volar bueyes; y ya me asombra.

—Asnos ya volaron, dijo Sancho, y audiera yo dar verdadera fé de ello; mas su merced ha hablado de aventuras.

—¿Su merced habrá volado, segun dijo el del bosque.

—Con ellos hube de volar, dijo Sancho, y avisarme ha su merced cuando volare, que, por quitarle de miedos, le hago saber como cayó al vuelo; que es mala suerte de voladores.

—Se de cazar á vuelo dijo el Guarda.

—Yo de comer la caza he de encar-

garme, dijo Sancho, que es empresa mas lin la y sosegada.

—Pues no sé que puedan llamar aventuras, dijo el del Bosque, si no lo es una encantada dama que no parece sino la diosa de estas verdes y espesas soledades. Hay quien la ve retratada en los espejos de los rios sin que aparezca jamás su estampa verdadera, ó al trasponer el sol los montes sobre los perfiles de ellos caminante; ya la noche la oculta entre sus tímidas sombras, ó ya por ellas discurre y bajo los árboles al sonoro y dulce rumor de sus ricas sederías. Ya canta sobre la cumbre de la roca, ya con rápida luz entre sus blancas manos pasea las orillas de los rios, ya rie benigna, ya sus ayes penetrantes y delicados arrancan lágrimas á las mismas hendidas entrañas de estas rocas.

—Y no hay mas, exclamó Sancho, sinó que su merced es gran poeta, y si talaquí son criados que serán dueños

—No ha de fiarse su merced en estás mis palabras, pues diciendo voy lo que murmuran mis señores, en toda verdad cumplidos caballeros, pues que lo son de Corte.

—Eso si, dijo Sancho; y mucho me place, porque ha de saber el compadre como no traté en toda mi vida mas que á un Duque, y de corrida á varios pasajeros señores enamorados, que es como no tratar cosa de fundamento.

—En tal asunto, compadre, es ya mucho el adelantamiento de los tiempos, dijo el Guarda; que los señorias y aseñoreados ni penan ni mueren de dolores de amor ni sufren siquiera por él un mal constipado.

—En lo cual muestran ellos gran sabiduría respondió Sancho; ni que tenemos aquí conque la niña me mire ó no me mirare, y sea de corazon de acero milanés ó de alfeñique; ó si cobró sus celos ó me dió tornas, y toma y daca y vuelve, y lloro y desmayo y ronda y desafio y pucherico; pues amor, crea el compadre, que al hombre mete de hoz en coz en grandes importunidades y volaterías. El cual se me pinta y hace, señor, como sal de comida, que siendo de por sí condimento de toda vianda, de tal modo en ella ha de hallarse que no la sále y saque de su punto, pues sal es para viandas y no viandas para sales. Y sea todo amor camino sano y llano de virtudes y medio inocente y lindo de dar en ellas, pues bástale al amor ser placer para no ser duradero.

—Fué el compadre catedrático salamanquino, á lo que discurre, exclamó el Guarda.

—No se deshaga el seso su merced, replicó Sancho, que hace mas diario ejemplo que libros consiguen; y mas enseñan modelos callan lo que cátedras con pintiparados discursos; por lo que padres hacen doctores sinó doctorados y á los primeros me atengo.

Sabe tambien el compadre como serví largo tiempo á Don Quijote de la Mancha, que ha de estar ahora, por ventura, en medio de la selva explorando á todo sol las estrellicas del cielo.

—Fué él siempre enamorado Caballero, dijo el del bosque.

—De la señora, y no mas, de su pensamiento, dijo Sancho, que es amor constante y no averiado; y no habrá asistido su merced, ni oído hablar jamás de bodas de verdaderos andantes Caballeros; y así Dios me valga como ahora quiero que su merced entienda cual estoy como neblí y lince sobre mi amo en lo tocante al gran asunto de su señora Dulcinea; pues, ó soy gran porro, ó no hay tal modo de terminar ni mas redondamente esta solene historia como casar á Don Quijote de la Mancha, que es amurallado final, bien que de cal y canto.

—Maleando va su merced en demasia, dijo el del bosque.

—¿Por acaso no es casado su merced? preguntó Sancho.

—Casado soy y con fortuna, dijo el Guarda.

—Hallado pues se habrá el compadre alguna duquesa como se encuentra en continuo trato de caballeros de Corte.

—Quedóse atrás el compadre, dijo el Guarda.

—Guarda y bao, (exclamó Sancho,) que de princesas se trata!

—No es ella sinó reina, contestó el del bosque, y aún creer me há la su merced, que me rezago.

—Y ya veo, señor, dijo Sancho, la justa causa del oficio que se ha tomado el compadre con seso y peso; y además su merced puede ser honrado criado de su magestad en su propia casa y á toda hora.

—Es mi señora tal, dijo el del bosque, que por su tan alta condicion no hay moverla de su sitio.

—Como imágen de altar, añadió Sancho; y á mas malhumorada y regañona, que es lo que suma y sigue.

—Por lo que há menester que la tomen hasta el pañuelo de las manos

y la muevan la boca porque hable; y el saber donde está ó donde estuvo todo es ver el tenlerete de cuanto la antoja y toma que caer se deja por los suelos.

—Bien conozco cuanto su merced es bienaventurado, dijo Sancho.

—Ni amamanta sus hijos ni entiendo poner ropas á recado, ni sabe de guisados ni condimentos; mas no creará su merced el cuanto vale su memoria, dijo el del bosque.

—¡Olvidósela acaso el nombre de su padre! dijo Sancho.

—Y cuanto hacer se propuso, dijo el del bosque, y así es el andar toda la vida tras una sola idea y sonsonete cual esquilón de recua.

—¿Y en dónde topó el compadre la joya peruana? preguntó Sancho.

—Cuanto he relatado á su merced, dijo el Guarda, son como reliquias y rastros del pasado; pues diéronla muchos y diversos cuidados y ocupaciones cuanto dueña de mis amos los Barones señores de este campo, con lo que debió enfriársela el cerebro.

—Bien podrá ser eso, dijo Sancho, que es mucho llover sobre mojado, digo, añadir trabajos y cuidados de matrimonios á penosas solterías.

—Ese es mi consuelo, dijo el del bosque; y todo está en procurarla su descanso.

—¿Cuántos años pues lleva en matrimonio el buen compadre? preguntó Sancho.

—El año que viene ha de hacer diez, queriéndolo el Cielo, contestó el Guarda.

—Pues, según eso, mas y mejor podrá haber descansado la reina de su merced cuando cumpliera veinte en su estado nuevo, por ser hoy novia todavía, concluyó Sancho.

—Y ya que hemos, amigo, dado cima al trabajo de quitar las hambres de entrambos alimentos, escucharme há por su vida su merced que es desabrida mesa la sin su postre.

Conque llegado yo apenas á mozo en el pastorío, como digo de mi cuento, y venido apenas á ese cercano pueblecico, que ahí está viendo su merced, que parece hecho de náipes, y habiéndome enseñado muy bien la necesidad la del pan de cada día, oí en uno de ellos como me llamaba mi señora la Baronesa desde el balcón del palacio de esta su quinta, y advertí como hacíame sus señas con blanco pañuelo porque me acercase. Acudí presuroso tal como admirado, y preguntóme amable su excelencia si por ventura hacer sabía yo cubier-

tos de mesa con bojes, así como rabelles; pues los primeros quería élla por coartar su capricho y los segundos para entretenimiento del Baroncito; y entenler solian muy bien de estas cosas los pastores.

Respondió la señora como podía complacerla prontamente y con llegarme á la choza y tomar y envolver en olorosas hojas de los campos los objetos del encargo y gasto especial de su excelencia partí al palacio presuroso y asea lo tal cual mi velludo vestir lo permitía.

—No hay reparar en eso, dijo Sancho, si se trata de muy encumbrados personajes, pues bien sabe su merced los hubo que comieron yeso y aun asnos nonitos crudos, y despreciaron los mas regalados y exquisitos de los manjares; y en eso de aficiones ahí está Don Quijote de la Mancha, que, con ser tal cumplido caballero princesas se dejó de amar y reinas para esposas por ser esclavó de la señora Dulcinea, conocida á secas por Aldonza Lorenzo en el gran Toboso. Y malaño si sospechar pudo mi rolliza membrada Señora que así tan sin mas ni mas inmortalizarse por la redondez de la tierra su rústica persona, que no la trocára yo por Teresa Panza aún contaba con élla Rocinante.

—Ni soy majagranzas yo ni asno crudo ni asado, dijo el del bosque, ni clase alguna de animal nato ó non nato; y á fe que por escudero de caballero andante se os alcanza harto poco de buena crianza.

—¡Válate el diablo por lo rijoos y salta lizo! exclamó Sancho, ¡ni quién dijo de vos ni de vuestra casta! Si no que así es de decir al comparar sucesos, que no gentes, ni sin tal hacer hubiera hablar de cosa alguna. Y prosiga el buen Guarda-bosque su sabroso relato.

Es imposible pronunciar en Búrgos el nombre de San Pedro sin que suscite el gran recuerdo de San Pedro de Cardena: en la próxima feria pudiera hacerse una magnífica expedición á este venerable Solar del Cid, á la manera de aquella otra que se verifica todos los años á Las Huelgas el día siguiente al del Señor. La función religiosa por la mañana, el almuerzo cívico, los báiles campestres por la tarde y la Vela la literaria serian de un gran efecto y resultado, no menos que la vuelta á Búrgos al siguiente día por la Cueva de Atapuerca. Los toros podrian correrse en el día se-

gundo de la feria, y se evitaba en el primero un espectáculo sangriento. Los artistas y poetas de esta Ciudad, los oradores y coronistas y anticuarios tienen inmenso campo abierto á su genio con tan agradable motivo y tal solemnidad. ¡Ánimo!

Hay un proyecto de una ALEGORÍA HISTÓRICA CASTELLANA para la próxima feria que publicará la prensa de esta Ciudad. Le juzgamos original, de efecto y en gran manera económico.

Aprobado el Reglamento de la nueva Academia Ateneo, aconsejamos á los iniciadores de tan brillante pensamiento el valor y energía y la constancia que siempre distinguen á los hombres de su carácter. La obra está á su lado incondicionalmente.

Muchísimas gracias á «EL AMIGO» periódico muy ilustrado de Madrid por las siguientes frases que se explican por la benignidad con que siempre juzgan los hombres de talento.

—«En Búrgos se publica un periódico titulado *Figaro*, y en él vé la tercera parte de *Don Quijote de la Mancha* en la que el autor, que se recata bajo el pseudónimo del Bachiller Avellanado, resucita al héroe de Cervantes y le hace presenciar y comentar, en compañía de su inseparable escudero, cuantos sucesos pinta el carácter de la época presente. Aquí no hay término medio: el autor de tal rasgo de audacia no puede menos de ser un bobo y un hombre superior; y de bobo no dá muestras el Bachiller Avellanado, sean las que quieran las opiniones que sustentan en el transcurso de su obra, escribiendo con ingenio y conocimiento no común del habla castellana.»

¿Y los JUEGOS FLORALES? Ampliada al pensamiento y hombres de el Jurado, sin colocar entre ellos á ninguno de cuantos puedan presentarse al delicado Certámen.

Es cada vez de mayor necesidad la creación de un Orfeón que aliente el estudio y conocimiento de la Música. Carecemos un instrumental digno y numeroso, tenemos voces ni coros, ni los buenos apoyos que hoy existen cuentan con elementos, ni apoyo, ni estímulo, ni esperanza de ninguna clase. Búrgos ha llegado ya á cuanto puede ser, y no está en ocasión de crecimiento, por lo que es necesario buscarle elementos de esperanza, pues la apatía desmorona, deshace y á nada conduce.

Imp. de la viuda de Villanueva.